

RESEÑAS

TABULA RASA, nueva revista de Ciencias Humanas

Sobre memorias y paisajes

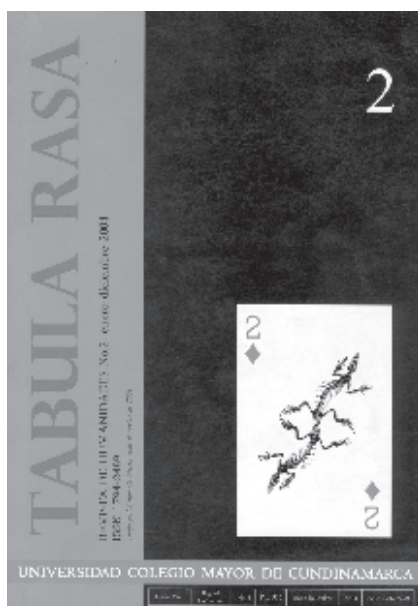
UNIVERSIDAD COLEGIO MAYOR DE CUNDINAMARCA, ISSN 1794-2489,
tabularasa@unicolmayor.edu.co

por Guillermo Páramo Rocha*

Hace un momento, en la mesa de reuniones de la Rectoría, escuchaba a algunos de los asistentes evocar el pasado de esta institución, su origen como una academia para señoritas y señoras, en momentos en los cuales las mujeres no asistían a las universidades o sólo asistían a ellas heroicamente, y luego, en estos años, su crecimiento y su contribución que se asociaba a nombres muy notables. No hace tanto, yo visitaba este mismo lugar para hablar de las políticas universitarias generales, cuando se acariciaba aquí la idea de convertirse el Colegio Mayor en una universidad. Hoy esta es una Universidad y quiero aprovechar este momento, así sea tardío, para felicitarlos por ese éxito.

Al tiempo que se evocaban esas memorias, yo evocaba las mías personales, menos importantes, pero también memorias. Recordaba esa visita a la institución y, antes, las primeras noticias de este lugar –de este “paisaje”, para aludir a uno de los artículos de la revista que hoy se presenta– en un paisaje pequeño pintado por mi abuelo, que dedicó su vida a pintar paisajitos pequeñísimos. En uno de ellos aparece la silueta de lo que hoy es el Museo Nacional y el Colegio Mayor, pero que hasta no hace tanto era también, como ustedes lo saben mejor que nadie, la más tenebrosa de las prisiones en Colombia. Y, más atrás todavía, el nombre de alguien llamado Guillermo Páramo que estuvo aquí preso, en el Panóptico Nacional, por haber peleado en una guerra civil y, claro, ser derrotado –de otra manera no hubiera estado preso.

Son memorias, memorias personales... Pero todo el mundo tiene memorias y tiene historias personales. Los bogotanos tenemos historias personales en Bogotá y quizás muchas de esas historias personales tengan algo que ver con este lugar, con este edificio, seguramente también ya con esta institución. Otros tienen las suyas de otros lugares, pero también son memorias personales. Y las memorias personales son tejidos... Tejidos que vinculan la propia vida con otras vidas y a



veces con vidas mucho más universales, con las instituciones, con las sociedades, con las culturas. Y somos seres de memoria: los hombres no podemos olvidar y, si olvidamos, perecemos porque no somos nada. Los seres sin memoria, si son seres humanos, no son plenamente humanos, no son nada. Porque la memoria es también la trayectoria, el nombre –el propio nombre–; es la nación, la religión, la fe, la ciencia... La ciencia es memoria; sin memoria no tenemos ciencia.

Pero, a la vez, los hombres somos historias personales que miran al futuro, como miraba esta institución hace unos años su proyecto de volverse universidad y convertirse en un *campus*, así como ahora ve hacia el futuro su proyecto de conseguir que estas revistas que hoy nacen sean revistas de ciencia y de cultura y de conocimiento permanentes –que seguramente lo serán. Somos seres que miran el futuro. Los hombres somos seres del instante porque no podemos dejar de serlo, pero somos también seres que forzosamente miran el futuro: no hay acción sin sentido de futuro, no podemos pensar en ese átomo de la existencia viva que es la acción sin pensar en lo que “va a ser”, y ese “va a ser” de la acción se liga también con muchas acciones en otras historias futuras personales.

Por eso la importancia de una revista como *Tabula Rasa*. Si ustedes miran los contenidos, comienza por un artículo que quiere recordar. Y quiere recordar un nombre, un nombre que fue una historia, una historia que en el caso nuestro fue además una historia de ciencia que merece ser recordada. La historia de Reichel-Dolmatoff es inspiradora para los investigadores colombianos. Esa figura adusta, quizás a veces hasta áspera, se metió en nuestras selvas y visitó nuestras aldeas y las malocas y los tambos de los indígenas. Escribió sobre esas gentes; descubrió que esas gentes eran valiosas y tenían valores de los cuales debiéramos los demás aprender; pintó un paisaje de esta tierra y él mismo con su vida contribuyó a ese paisaje.

Hoy somos un país distinto quizás del que conoció Reichel-Dolmatoff cuando llegó a este lugar. Ya al menos sentimos, en algunas clases sociales, “pudor” cuando nos referimos a los indígenas que, también en esa infancia mía que yo alcanzo a recordar, eran simplemente bien llamados “indios” como un término degradatorio y despectivo. Hoy la palabra “indígena” tiene una significación distinta. Hoy tenemos una Constitución que, precisamente por ser un proyecto –porque toda la Constitución es un proyecto–, nos devela la posibilidad de que Colombia reconozca su riqueza en esas etnias, gracias a la tarea de hombres como ese que escribió allí y como los que escriben en la revista que hoy se presenta, entre los cuales están algunos destacados investigadores sociales, antropólogos algunos, otros venidos de otras disciplinas, pero que con seguridad con el tiempo merecerán también ser recordados, ojalá en unas páginas iniciales de una revista, ojalá de esta revista. Y, tal vez, no dentro de tantos años. Tal vez, en menos de un siglo o de la mitad de un siglo, varios de los nombres de los que están aquí merecerán ser recordados.

Y luego también vale la pena el esfuerzo, el interés y quizás el esfuerzo heroico, porque producir una revista es heroico, sobre todo conservarla, mantenerla periódica en el tiempo es muy difícil. Pero digo “ojalá eso se haga” porque ese esfuerzo vale la pena. Vale la pena en la construcción de ese tejido de memorias y de lecturas porque leemos, leemos

* Intervención del profesor Guillermo Páramo Rocha en la presentación del número 1.

letras inscritas en las pizarras que antes estaban vacías –como se dice cuando se alude al término *tabula rasa*, utilizando los términos ingleses para “pizarra vacía”. Porque se lee no solamente la letra, se leen los signos. Se leen los signos del pasado y los signos de la época y los signos del futuro.

Quiero hoy con estas palabras felicitar al Colegio Mayor también por esa nueva contribución a la cultura colombiana. Y como me parece que quien estudia los mitos descubre que algo propio de los mitos es repetirse y repetirse, a mí me gusta repetir los mitos; y hay un mito

que es un mito fundamental de nuestra cultura y es el mito de la Universidad. En todas las culturas se necesita alguien que pueda leer los signos del pasado y del presente y del futuro; que pueda trascender las escalas de la percepción ordinaria, que pueda ocuparse de virus y de moléculas, o de estrellas y de constelaciones, o de lo que fue hace cien años o mil, o de lo que será dentro de cincuenta o dentro de quinientos... Y para eso en todas esas culturas hay especialistas, porque leer eso es difícil, exige trabajo. Y pueden ser ellos los chamanes o pueden ser ellos los sabios del liceo o de la academia, o pueden ser ellos hoy

los universitarios porque la Universidad fue la institución que se creó en esta cultura para resolver esa necesidad. En la medida en que la universidad lea esos signos, con todo lo incierto que tiene esa lectura, la Universidad se realiza. El hecho de que se produzcan estos números ya realiza esta universidad. De tal forma que la felicitación es plenamente justificada porque ya esta no es sólo una Universidad decretada sino realizada. Muchas gracias.

Tabula Rasa núm. 2, diciembre 2004

